

VIDAS TRANS

ALANA PORTERO ARNAU MACÍAS
DARÍO GAEL BLANCO CASSANDRA VERA
ATENEA BIOQUE QAMAR B. AL-KHANSA



**levanta
fuego**

PRIMERA EDICIÓN: JUNIO 2019
SEGUNDA EDICIÓN: OCTUBRE 2019
TERCERA EDICIÓN: DICIEMBRE 2019
CUARTA EDICIÓN: DICIEMBRE 2020

TEXTOS: SUS AUTORES

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:
LEVANTA FUEGO
WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-12449-7

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo	5
Trabajo	11
Alana Portero	
Sistema educativo	23
Arnau Macías	
Redes y medios	37
Cassandra Vera	
Familia y pareja.....	51
Darío Gael Blanco	
Sistema médico.....	73
Atenea Bioque	
Racismo y xenofobia.....	89
Qamar B. Al-Khansa	
Glosario	103
Para saber más	107

PRÓLOGO

La pista de baile está hasta arriba. El local es pequeño, así que los cuerpos se rozan unos con otros. Es una noche calurosa y húmeda y nadie quiere irse a casa. Suenan los primeros acordes de *Heard It Trough The Grapevine* y la voz de Marvin Gaye calienta todavía más la pista. Todo el mundo se deja llevar por la música y el sudor pasa de unos cuerpos a otros, pero nadie parece molestarse. El local solo es un antro perdido en el Greenwich Village, pero es un sitio seguro. No importa cómo seas ni qué parte de tu comportamiento o tu aspecto desafíe a la norma, allí siempre puedes encontrar alguien con quien tomar algo y bailar un rato.

De pronto se encienden las luces. La música se detiene y los gritos resuenan por todo el local. Los policías arrastran a la gente y la obligan a colocarse contra la pared. Se suceden los malos tratos y los cacheos. Los agentes empiezan a sacar a los detenidos del local para meterlos en los coches patrulla. Las redadas son frecuentes en los locales de ambiente del Greenwich. También las humillaciones, los insultos y los golpes. Nada de eso va a ocupar las primeras páginas de los periódicos y nadie fuera de allí va a quejarse de ello. Solo son

maricones y putas, desviados que merecen un castigo de vez en cuando.

Pero aquella noche es diferente. Nadie sabe quién ha tirado el primer vaso, quién ha cogido la primera piedra, quién ha llenado de gasolina la primera botella. Tampoco importa, a los pocos minutos todo está ardiendo. Los cócteles molotov estallan contra los coches de policía y los cristales saltan por los aires. Una lluvia de botellas y vasos cae sobre los agentes que salen del local. Después también trozos de adoquines y piedras que hay por la calle. Demasiadas humillaciones, demasiados malos tratos. Los policías huyen y la fiesta comienza.

Al cabo de un rato llegan los refuerzos, pero la voz se ha corrido por todo el barrio. Todo el mundo quiere participar. Se vuelcan coches y se bloquea el tráfico. Hay barricadas por todas partes. El Village estalla de alegría. No hay muchas noches en las que se venza.

Allí, en medio de la fiesta, hay dos mujeres muy importantes. Casi nadie conoce sus nombres, ni siquiera hoy, pero lo son. Un poco más tarde de aquello fundarán STAR (Street Transvestite Action Revolutionarie), que se convertirá en un hogar para mujeres y adolescentes trans que no tienen a dónde acudir. Lo financiarán con su trabajo en la calle, donde se han conocido. Si alguien sabe lo que es tener las cosas difíciles son ellas: mujeres, trans, racializadas y pobres en una sociedad que les dice que no valen nada, que pueden ser explotadas, humilladas y maltratadas sin que a nadie le importe.

Pero Marsha Johnson y Sylvia Rivera no son importantes solo para las personas trans o para el movimiento LGTB, ni siquiera solo para las mujeres. Son parte de una genealogía con la que deberían identificarse todos los que luchan por un mundo más justo, en el frente que sea. En ocasiones, la opresión es tan dura que esa lucha consiste en hacer cosas que los demás ni siquiera pensamos: salir a la calle, vestirse con la ropa con la que te sientes cómodo, usar tu verdadero nombre. Y a veces, esa lucha diaria cristaliza en algo colectivo, como aquella noche en Stonewall, y la belleza inunda las calles. La mayoría de los nombres se pierden, pero algunos, como el de Marsha y Sylvia, pasan a la memoria colectiva.

Las personas trans son uno de los colectivos más maltratados de nuestra sociedad, especialmente las mujeres. En un país con una esperanza de vida de ochenta y tres años, consentimos que haya un grupo social sujeto a tal grado de violencia que apenas llega a los cincuenta. Ese dato por si solo debería abrir telediaros, poner en marcha leyes específicas, promover medidas de reparación. Pero nada de eso sucede. Al contrario, las personas trans tienen que seguir aguantando deficiencias gravísimas en su tratamiento médico, violencia institucional constante, un desempleo que roza el 85% y humillaciones por parte de la sociedad. Cuando además son racializadas o migrantes, todo se agrava.

En este libro hemos querido que sean personas trans las que cuenten sus experiencias en distintos ámbitos: el trabajo, los

estudios, la familia, el sistema médico y la exposición en redes y medios. Nuestro objetivo es que sirva para que las personas ajenas a esta realidad la conozcan y se solidaricen con ella, para que no contribuyan a ejercer violencia y se sitúen del lado de quien lucha para que acabe. Pero también deseamos que sirva para que las personas trans que lo lean se sientan un poco menos solas y un poco más esperanzadas. Sabemos que son objetivos muy grandes para un libro tan pequeño, pero esperamos de corazón contribuir en lo posible. Creemos firmemente que todos los frentes son el mismo y nunca agradeceremos lo suficiente a las personas trans que peleen tan duro en el suyo.

Editorial Antipersona
Cabanyal, València, 2019

TRABAJO

ALANA PORTERO

ALANA PORTERO. Madrid, 1978. Historiadora, escritora y directora de teatro. Ha publicado cinco libros y ha colaborado en varias antologías. Actualmente escribe en *El Salto* y *Agente Provocador*. Mantiene la página de Patreon que lleva su nombre. Dirige y actúa en la compañía de teatro STRIGA.

Me surge la oportunidad de trabajar a tiempo parcial en la librería de una amiga. El de librera ha sido mi oficio durante más de una década. De todos los trabajos que he desempeñado en veintitrés años de vida laboral es en el que más confiada me encuentro. Sé gestionar un almacén, un *stock*, puedo encargarme de las compras, de la colocación y soy especialmente buena en la atención al público. Me siento perfectamente cómoda en cualquiera de los puestos que genera una librería, desde la caja hasta la trastienda. He acumulado experiencia suficiente en ferias, intervenciones puntuales fuera de la librería y cualquier eventualidad relacionada con la industria del libro, su logística, su venta o promoción. Mi formación en Humanidades siempre ha sido una gran aliada en este desempeño. En definitiva, después de unos años alejada del mundo laboral por cuenta ajena –los coincidentes con el inicio de mi transición, desde que tomé la decisión, tuve acceso a un tratamiento médico y acumulé tiempo suficiente fuera del armario trans como para ser capaz de plantearme la posibilidad de empezar a reconstruir una vida que hasta entonces solo había sido un simulacro tristísimo– al fin tenía la oportunidad de volver a ocupar uno

de mis lugares en el mundo. Uno en el que siempre fui apreciada, querida y respetada.

Estaba casi tan ilusionada como aterrorizada.

Los primeros días pasan casi sin que me dé cuenta, enseguida el trabajo ocupa todo mi espacio mental. Hay mucho que hacer, la librería es nueva y requiere atenciones y cuidados precisos. Hay que abastecerla sabiendo que el presupuesto es muy ajustado, fidelizar clientes, atender redes y sobre todo terminar de pulir el carácter del espacio. Mi jefa y yo trabajamos tranquilas y con ilusión, atendemos con todo el cariño y la diligencia posible a los aún pocos clientes que pasan por allí. Mi condición de mujer trans no supone, en esos días, ningún obstáculo. No percibo extrañeza alguna por parte de quienes entran y salen de la librería y puedo centrarme en hacer mi trabajo como siempre, con una sonrisa y sin mirar el reloj.

Los beneficios de levantarse cada día, ducharse, arreglarse y salir de casa pronto se dejan notar. Pese a las inseguridades y los miedos que me acompañarán siempre, toda yo me siento reforzada cumpliendo con una rutina normal. Viendo otros rostros. Interactuando con otras personas y planificando jornadas de trabajo. Esos primeros días son realmente bonitos.

Como en cualquier sector, los años de pertenencia te colocan en una red de contactos, comunicación y dinámicas sociales. Con el tiempo todo el mundo te conoce y acabas conociendo a todo el mundo, en este caso otros libreros y

libreras, comerciales, repartidores, distribuidores, autores y editoras. Casi quince años en el gremio previos a mi transición me habían otorgado un lugar bastante sólido en esa red, en más o menos cualquier empresa del mundo del libro madrileño puedes preguntar por mí y como mínimo tendrán una noción aproximada de quién soy, cuando no una relación personal directa. Hasta donde yo sé siempre positiva.

Volver al gremio que había sido mi casa era como salir del armario con la familia otra vez. Una experiencia pavorosa que había que afrontar con dignidad, paciencia y ansiolíticos.

Hasta la tercera semana no tuve que enfrentarme a ello. Apareció por la librería una comercial a la que conozco desde mis inicios en la profesión. Una mujer amable, que siempre mantiene las distancias, educada, excelente en su trabajo y cuyo aire general parece decir «profesionalidad» con cada gesto. Si mi pañuelo morado en la cabeza y mi pintalabios rojo le sorprendieron nada en su expresión la delató. Me dedicó una sonrisa sincera, me dio un abrazo, dos besos, se alegró mucho de verme y me preguntó el nombre con toda la naturalidad del mundo. No me eché a llorar por decoro, pero se me salía el corazón por la garganta. Hablamos un poco de los últimos años, me contó aspectos de su vida que en la etapa anterior en la que nos conocimos jamás había mencionado, me preguntó con interés sobre los míos, repasamos el catálogo de novedades y se marchó. Su normalidad fue –sin que ella fuese consciente– un acto de amor como he experimentado pocos y no creo que lo olvide jamás.

El error fue tomar aquello como medida de lo que me esperaba.

Casi cada día fueron apareciendo por allí comerciales para repasar novedades. Todos conocidos. Como la librería era nueva, aún no habíamos abierto cuentas con demasiados proveedores; esa era una parte importante de mi tarea, los seis o siete con los que sí trabajábamos pasaron por allí puntualmente esa tercera semana. El único momento de normalidad lo viví junto al representante de uno de los grandes grupos editoriales del país, un tipo amistoso al estilo de los corredores de seguros de los años setenta; obsequioso, educado y con el respeto al cliente interiorizado a la antigua, sin perder la sonrisa y con la atención puesta en las ventas. Ese tipo de vendedor capaz de enseñar un muestrario de paño catalán a Belcebú sin quejarse de las moscas.

Después, el desastre.

Me reservo el catálogo de malestares de aquellos días y reduzco su narración a solo uno de los casos, sirva como muestra de cómo las cosas se torcieron y acabaron con lo que parecía una vuelta a la vida más allá de la condición trans.

Jueves. Nada más abrir la librería aparece un comercial y viejo conocido al que vamos a llamar Guillermo. Al principio no me reconoce, me mira con esa expresión tan heteronormativa ante la realidad trans que hace que a las personas se les ponga cara de estar escuchando el *Carmina Burana* cuando nos tienen delante. Respiro y me calmo. Le digo que ya nos

conocemos y en cuanto empiezo a hablar cae en la cuenta de quién soy.

Lo primero que hace es reírse. Sin complejos. Se carcajea diez o quince segundos largos. Me llama por mi necronombre y le corrijo amablemente. Me responde que no sabe si va a acostumbrarse al nombre nuevo. Le digo que no es para tanto, solo es un nombre, que comprenderé que al principio se equivoque, ya nos acostumbraremos el uno a la otra con paciencia. Mientras miro el catálogo de novedades él no deja de mirarme a mí. Le tengo que repetir un par de veces los títulos que le estoy pidiendo, no deja de reírse sin disimulo. La situación ha pasado de incómoda a muy desagradable, noto mis mejillas calientes y la boca seca, solo quiero que se vaya.

Le veo salir de la librería y hablar por teléfono mirando hacia dentro desde la calle. Sigue riéndose, busca el número del inmueble en la fachada con la vista, le escucho decir en voz alta la dirección de la librería. Desaparece.

Ni una hora después aparece otro representante que no debería estar allí porque no trabajamos con su empresa. Por supuesto también le conozco. Entra con la excusa de haber pasado por delante de la librería y dar a conocer su distribuidora, pasa sonriendo y hablando en voz alta, suelta el «coño, qué haces tú aquí» menos convincente de la historia. Entiendo que ya hay una broma interna extendiéndose por la red gremial, un cotilleo burlón. También entiendo de golpe que voy a tener que soportar una peregrinación de profesionales que

van a venir a ver a la mujer barbuda, a las siamesas chinas y al pigmeo cautivo. La culminación de estos eventos llega cuando veo en la calle a otro antiguo conocido asomarse al interior de la librería disimulando, yendo y viniendo junto a la fachada hasta que se encuentra con otros dos y todos y cada uno van turnándose para mirar, reírse e intentar –uno de ellos– hacer una foto.

Llega el viernes y toda la autoestima, la dignidad y la sensación de vida recuperada se esfuman. Todo vuelve a ser hostilidad, burla, inseguridad y herida abierta. Vuelve el pavor al transporte público, el miedo a hablar con otra persona mirándole a los ojos, el autodesprecio y la miseria delante del espejo.

Me llegan mensajes de Whatsapp de personas a quienes hace años que no veo prometiéndome una visita. La mayoría profesionales con quienes solo me unía una relación institucional en mis años de trabajo previos. Gentes de las que desconozco cualquier dato fuera de lo estrictamente logístico y que tienen mi teléfono solo por motivos laborales. Excepto dos o tres editoras muy queridas y una excompañera de librería, todo tiene una pátina de cotilleo innecesario y atracción de feria.

Estoy desolada.

LOS DATOS

En España, entre el 80 y el 85% de las personas trans están desempleadas. De ese porcentaje la mayoría femenina es abrumadora.